

*prudente reserva ayuda á descubrir la verdad* (1); evite recurrir al orden sobrenatural siempre que se trate de fenómenos que pueden muy bien reconocer por causas las naturales. Descubrirá muchas veces fraudes (2), ilusiones (3) ó alguna enfermedad natural (4); pero en otros casos podrá encontrar signos tales que le obligarán á reconocer una causa absolutamente diferente de las ordinarias. Por ejemplo: un idiota que habla perfectamente toda clase de lenguas, ó que sostiene con facilidad suma controversias sobre puntos muy oscuros, ó que refiere con exactitud hechos históricos muy remotos; un hombre débil que levanta pesos enormes, etc., etc.; he aquí otras tantas señales de una fuerza interior que hace producir á la inteligencia y á la mano actos que no podrían por sí solas llevar á cabo (5). Así, pues, si el médico procura precaverse contra las leyendas populares y hacer uso del rigor más escrupuloso en sus observaciones, podrá hacer constar que los energúmenos son raros, y más raras todavía las verdaderas magias. Ponga á contribución, por consiguiente, todas las luces científicas y profesionales que puedan hacerle descubrir la explicación de los fenómenos; mas cuando conozca de un modo evidente que las fuerzas ordinarias del cuerpo no pueden de ningún modo relacionarse con los fenómenos observados, confiese lealmente y rinda pleito homenaje á la verdad y á la Religión (6).

(1) De Haen, *De Magia*, pág. 192.

(2) Idem, *Ratio Medendi*, tom. IX, pág. 96.

(3) Sauvages, *Noso. meth.*, pág. 629 y 378.—Hebenstreit, *Anthrop. For.*, página, 288.—Muratori, *Forces de l'imagin.*, pág. 112.

(4) Bartolin., *De morbis biblicis*, pág. 84.—Bregno., *Alexicacon. Man. Exorcis.*, p. I, c. II y sig.

(5) Tortosa, *Istit. di Med. For.*, tom. I, c. v.

(6) \* V. López Mateos, *Discurso sobre los demonomantacos ó endemoniados, con motivo de algunos en que ciertos Religiosos se apresuraron á poner en práctica las ceremonias del exorcista* (1779).—V. P. Juan Mir, *El Milagro*, lib. III, c. II, *La Magia*, pág. 889-914.—V. Carmelo Sala, *Una excursión al mundo invisible*, cart. XXI-XXVIII, pág. 213-307. Tarragona, 1897.—V. también sobre estas cuestiones el magnífico libro del P. J. J. Franco, *Los espíritus de las tinieblas*, vers. esp. Barcelona, 1888.

## CAPÍTULO IX

### Observaciones sobre los actos religiosos desde el punto de vista de la Higiene y de la Patología

Cómo sean los actos religiosos objeto de las observaciones del médico.—Las prácticas religiosas evitan á la juventud muchos peligros corporales.—Las prácticas religiosas mejoran la salud.—Necesidad de prevenir á los enfermos cuando se hallen en peligro de muerte.—Razones políticas y patológicas de esta conducta.—¿Qué pensar de los sacerdotes que asisten á moribundos?—¿Es cierto que se envilezca la juventud y que pierda el tiempo con los ejercicios de piedad?—Conclusión.

I.—**Cómo sean los actos religiosos objeto de las observaciones del médico.**—Que las criaturas racionales deben á Dios un culto para reconocer su soberano poder, para rendirle agradecimiento de sus inmensos beneficios y obtener otros, y para implorar, finalmente, el perdón de sus faltas, es una verdad proclamada aún por los mismos paganos y confirmada por todos los filósofos, excepción hecha de la inmunda piara de Epicuro (1).

Es también no menos obvio que este culto debe ser principalmente *interior* (2), puesto que procede del espíritu del hombre; y no puede desagradar á Dios, que siendo espíritu puro, quiere ser adorado *en espíritu y verdad* (3). No basta, sin embargo, este culto interior; porque Dios que ha criado el cuerpo del hombre y le gobierna con su Providencia, exige también de este cuerpo un justo tributo, es decir, quiere que se emplee en excitar y acompañar al alma en los actos religiosos, á fin de que, viviendo en sociedad, se den los hombres mutuamente el ejemplo, y concurren por tal manera á sostener la virtud, que es el más sólido fundamento del bien público (4).

Dios mismo ha determinado algunos de estos actos; en cuanto á los demás, ha dejado el cuidado de prescribirlos, según las circunstancias de lugares, tiempos y personas, á aquellos que ha constituido en sus vicarios sobre la tierra (5). Y aquí es donde interviene el mé-

(1) Cicerón, *De Nat. Deor.*, lib. II, n. 41, dice que Epicuro escribió un libro *De Sanctitate et pietate adversus Deos*, y Filodemo, uno de sus discípulos, otro, que yo he descubierto en los papiros de Herculano, y tiene por título estas palabras: *Peri Eusebias*. (Acerca de la piedad).

(2) Deuter., VI, 5; Matth., XXII, 37.—S. Agust., *De Civit. Dei*, lib. X, c. III.

(3) Joann., IV, 24.

(4) V. S. Tom., *Sum. Theol.*, II, 2, q. 81, art. 7. Mucho han escrito sobre esta materia Hochfletter, *Colleg.*—Pufendorff, *æerc.* III, 38,—y Valsecchi, *Fond. de la Rel.*, c. VIII y sig.

(5) Conc. Trident., sess. VII, c. I.

dico; porque teniendo á su cuidado el cuerpo humano, á él corresponde establecer hasta dónde las fuerzas del hombre pueden acomodarse á los actos religiosos que nos vienen ocupando (1). He aquí porque sucede muchas veces, que sea llamado á decidir en controversias que se suscitan sobre esta materia (2), cuando no interviene con valentía por sí mismo.

Así, pues, para que jamás llegue á abusar de los conocimientos y de la autoridad que le da su profesión, y para que sepa, por el contrario, defender cada vez más la causa de la piedad cristiana, hacia la cual se siente inclinado por el espíritu mismo de su vocación, según queda demostrado, presentaré ahora á los jóvenes adeptos de la Medicina, algunas observaciones sacadas de la Higiene y de la Patología.

II.—**Las prácticas religiosas evitan á la juventud muchos peligros corporales.**—No es raro, por cierto, que los médicos mal avenidos con la Religión, pretendan apartar del camino de la piedad á aquellos que se entregan á los ejercicios y prácticas piadosas, presentándoles á este fin consideraciones sacadas de la Higiene. «El espíritu que se entrega á la devoción, dicen, pierde en vigor y en lucidez, cae en la imbecilidad; y como el espíritu influye en gran manera sobre el cuerpo, de ahí que se comprometa fácilmente la salud (3).»

Con argumentos de tal naturaleza hacen desagradable la piedad á los ojos de la juventud, infiriéndole grave daño. Parécense indudablemente tales médicos á aquellos de sus colegas que, en el diagnóstico, atienden únicamente á un síntoma; de lo que resulta que se engañan con la misma facilidad con que hacen sus juicios. En efecto: suponemos por un momento que la salud de un joven se altera alguna vez

(1) Zacchias, *Quæst. Med. Leg.*, lib. VII, tit. I, q. 1, art. 4.

(2) Azor, *Inst. Moral.*, lib. VII, c. VII, y lib. X, c. XIII.—Filliuc, *Quæst. Mor. Tract.* XXIII, c. IX.—Tolet, *Inst. Sacr.*, lib. II, c. XIV, n. 1, y lib. VI, c. IX, n. 2.

(3) Zimmermann, *La vie solitaire*, tom. I, c. III.—Darwin, *Zoomania*, p. II, class. III, gen. II, spec. 15, cuenta entre las enfermedades mentales *el temor del infierno*.—Bayle, *Dict. brit.*, art. *Mamillaires Rem. C.*, afirma que la devoción produce la imbecilidad en el espíritu.—Boileau, sátira XI, afirma que en ninguna parte dice el Evangelio: seas devoto; y el mono de la literatura, en su *Dicción.*, en el art. *Devoto*, ridiculiza los votos y á aquellos que los profesan, porque no dice nada de ello el Evangelio; como si el verdadero cristiano no reconociese una autoridad igual en los otros pasajes de la Biblia, donde son alabadas grandemente tales cosas; como si la ausencia de dos palabras en el Evangelio significase la desaprobación de la idea que expresan estas palabras, cuando á menudo se ve expuesta en otros términos; como si Voltaire tuviese costumbre de respetar no ya solamente las palabras, pero ni aun los dogmas y los preceptos que encuentra en el Evangelio!

á consecuencia de su piedad; ¿puede haber comparación entre este ligero y transitorio sufrimiento, y las desgracias, las catástrofes en que incurre el joven que en los ardores de su juventud no tiene el freno de la Religión? ¡Cuántas pasiones, origen y causa de crueles enfermedades (1), no le asaltan sin este freno saludable! ¡Qué iliada de desdichas no abre la disolución á la imprudente adolescencia (2), cuando no viene protegida por la gracia del cielo, que le obtendría infaliblemente la oración (3)! ¿Quién es capaz de detenerles en medio de los excesos de la intemperancia, del juego, del placer, en los cuales se jactan de mostrar su fuerza y su bravura los jóvenes irreligiosos con grave detrimento para su salud (4)? Y aún sin llegar á estos desbordamientos, la misma vida muelle y ociosa, la lectura de novelas, la frecuencia de espectáculos, que parecen ser las ocupaciones menos culpables de la juventud pudiente, ¿no pueden acaso determinar la aparición de las más graves enfermedades (5)?

El leve daño supuesto sería, por tanto, mil veces preferible á los daños ciertos y muchísimo más graves que ocasionara la irreligión: así, pues, al aconsejar á los jóvenes de afrontar este inconveniente hipotético, no se hace otra cosa que ajustarse á las reglas de la Higiene y de la prudencia médica (6). Más de una vez se ha visto que los consejos contrarios han conmovido sin grande esfuerzo y hecho bambolear una virtud joven aún y mal afirmada, y merced á esta innata tendencia del hombre al mal, más acentuada en la primavera de la vida, hase visto á los jóvenes precipitarse ciegamente en los más lamentables desórdenes, que ni siquiera conocían en tiempo de su fervor y de su piedad.

(1) Luisini, *De compescendis animi affectibus per moralem philosophiam, et medendi artem*. Basilea, 1562.—Huffeland, *L'art de prolonger la vie*, c. I, § 7, página 37.

(2) Este manantial de enfermedades ha ocupado á la mayor parte de autores que han escrito sobre medicina, y gran número de los enfermos que han tratado lo han sido de esta clase de afecciones. Mejor que en tiempo de Cicerón puede decirse hoy día, ante la multiplicación de estas enfermedades, que los jóvenes no acarrear á la vejez otra cosa que cuerpos marchitos y malsanos. (*De Senect.*, c. v). Es ya un proverbio vulgar que no lleva Marte tantas vidas como Venus. Véase Huffeland, loc. cit., c. I, § 2, y c. II, § 4.—Caldan, *Instit. pathol.*, XVIII, pág. 265 y sigs.

(3) Sap., VIII, 21.—V. S. Agustín, *Confess.*, lib. X, c. XXIX y sig.

(4) Hipócrates en el aforismo XXXIX de la 2.<sup>a</sup> parte, enseña que con más facilidad enferman los jóvenes que los viejos. Galeno, comentando esta doctrina, encuentra la explicación en la ligereza y los excesos de la juventud.

(5) Sinclair, *Code de santé*, c. IV, n. 2. pág. 101, trad. ital. Pisa, 1811.—Pinel, *Traité medico-philosoph. sur l'alienat. ment.*, sect. I, § 1, pág. 29.—Tissot, *Essai sur les malad. habit. aux gens de plaisir*, art. V.—Franck, *Police Medic.*, tom. VII, pág. 139, trad. ital. Milán, 1803.

(6) Hipócrates, *De Arte, Oper.*, sect. I, pág. 5 y sig. Ginebra, 1657.

III.—**Las prácticas religiosas mejoran la salud.**—Es un principio innegable entre los cristianos, que la verdadera paz, *superior á todos los placeres sensibles* (1), es un don que Dios concede á proporción del amor que se le tiene (2): ahora bien; el médico no debe ignorar cuán provechosa es esta paz para el mismo cuerpo á causa de su íntima unión con el alma, y no sólo en estado de salud, sí que también en estado de enfermedad; mientras que, por el contrario, no puede ser sino perjudicial una conciencia llena de desorden y de agitación (3).

Por otra parte, sabemos nosotros que Dios Nuestro Señor no es un Dios inerte, como el de Epicuro (4); sabemos que en calidad de árbitro soberano de nuestra vida, gobierna lo que ha criado (5), y en especial la vida del hombre (6): por consiguiente, no podemos concebir el temor de que Dios castigue á alguien por razón de que le demuestra una afección más viva y más perseverante, y que reserva sus mejores bendiciones para los que se rebelan contra Él. La razón natural y el sagrado Texto nos enseñan todo lo contrario (7).

Léanse, sino, los anales del Cristianismo, y se echará de ver el gran número de personas que viviendo en el ejercicio de la piedad más fervorosa alcanzaron una vejez extrema (8), al mismo tiempo que millares de mundanos, á pesar de todos los cuidados y de la solitud de sus médicos, apenas si pudieron salvar la adolescencia (9).

Digámoslo con franqueza: los médicos que no comprenden esta verdad, y alejan á sus clientes de las prácticas de piedad, dan testimonio de su ignorancia; pues demuestran no conocer más el hombre en su parte física que en su parte moral, y que no sienten respeto alguno para con la Providencia protectora de sus fieles siervos, y ningún atractivo por las delicias del culto. Hablan como *hombres carnales* (10), que no se preocupan de otra cosa que de los cuerpos, sin pensar siquiera en el fin último del hombre, que es el único digno de los más grandes sacrificios (11).

(1) Ad Philipp., iv, 7.

(2) Psalm. cxviii, 165; Ad Roman., ii, 10; Ad Galat., vi, 16.

(3) Huffeland, *L'art de prolonger la vie*, c. i, § 7, pág. 37 y sig.; c. ii, pág. 199 y sigs., trad. ital. 1812.

(4) Cudworth, *Syst. Intellect.*, c. v, sect. I, § 41, pág. 799. Jena, 1733.

(5) S. Tom., *Sum. Theol.*, p. I, q. 22, art. 3.

(6) Eccli., xi, 14; Job, xiv, 5.

(7) Exod. xxxv, 21 y 29; II Paral., xxix, 31; Act., xxiii, 14; I ad Timoth., iv, 8. V. S. Tom., *Sum. Theol.*, II, 2, q. 82.

(8) Fleury, *Mœurs des chrétiens*, p. 80. París, 1713.—Cornarus, *De vitæ sobrie commodis cum notis Ramazzini*.

(9) Ramazzini, *De principum valetudine tuenda*, pág. 116 y sig. Londres, 1742.—Lancisi, *De nativis Romani cœli qualitatibus*, c. xvii, § 6.—Plempius, *De Togatorum valetudine*. Lovaina, 1670.

(10) \* Ad Corinth., iii, 1 y sigs.

(11) Matth., xvi, 26.—\* V. Salcedo, *Madre é hijo*, pág. 424 y sigs.

IV.—**Necesidad de prevenir á los enfermos cuando se hallen en peligro de muerte.**—¿Está el médico obligado *en conciencia* á prevenir al enfermo que esté en peligro de muerte? Ciertamente no es raro encontrarse con doctores que por temor de conmover demasiado al enfermo y de promover trastornos en las familias, ponen especial cuidado en ocultar la gravedad del mal y en sostener las ilusiones más funestas. ¿Y qué sucede entonces? Que la violencia de la enfermedad acaba por reducir á los enfermos á tal extremo de postración, que pierden el conocimiento y quedan incapacitados para ocuparse de su conciencia (1).

Tales médicos faltan á la sinceridad, uno de los más sagrados deberes de su profesión (2); no hacen otra cosa que tratar como enemigos á los que les honran con su confianza, pues no ven en ellos otra vida que la mortal, otra sustancia que la corpórea, otro interés que el terreno. Con razón el Concilio IV de Letrán exhorta á los médicos á tener siempre ante los ojos de su espíritu esta verdad: *El alma es cosa mucho más preciosa que el cuerpo* (3). Partiendo, pues, del hecho indiscutible é indiscutido de que, una prolongación de la vida obtenida por los esfuerzos del arte, al fin no es más que una prolongación temporal, el mismo Concilio *les impone, además, el precepto de prevenir al enfermo de su estado, y de invitarle á que acuda al médico del alma, con el fin de que habiendo comenzado por asegurar la salud espiritual, influyan los medicamentos con mayor eficacia en la salud del cuerpo* (4).

V.—**Razones políticas y patológicas de esta conducta.**—Más adelante se verá de qué modo deben ser interpretadas y ejecutadas las leyes de la Iglesia en este particular: por ahora nos limitaremos á hacer observar que la patología más seria reconoce que nada hay tan propio para mitigar la violencia de las enfermedades como el recibir los Sacramentos, según la Iglesia propone á sus pobres hijos postrados en el lecho del dolor. Ya se ha dicho como son obstáculo al éxito de la curación el desorden y la agitación del alma, y por el contrario, de qué modo la paz de la conciencia y la resignación á la voluntad de Dios llevan al espíritu la calma.

(1) Franck, *Police medical*, sec. II, art. 4, § 5 y sig.—Gregory, *Leçons sur le devoir et les qualités d'un médecin*, lec. II, pág. 23. Venecia, 1795.—*Diction. des sciences medic. Art. Médecin*.

(2) Hipócrates, *De Decenti Ornatu*. Oper., sect. I, p. 23, Ginebra, 1657.

(3) Matth., x, 28 y sig.; Luc., ix, 24 y sig.

(4) *Act. Conc. Later.* IV, an. 1217, c. xxii.

Por lo mismo, fácilmente se concibe el alivio que experimenta un enfermo, y la mayor eficacia con que los medicamentos obran con haber recibido aquél los Sacramentos; pues el objeto de éstos es precisamente suprimir el remordimiento, infundir la paz y la resignación (1).

Si es cierto, según hemos demostrado, que la Medicina nada puede absolutamente sin el auxilio del Todopoderoso (2); si es verdad que Dios concede á los enfermos gracias en tanta mayor abundancia en cuanto están más reconciliados con El (3), ¿quién podrá temer que sea más bien funesta que provechosa la participación de los divinos misterios? ¿Por ventura no ha devuelto jamás Dios la salud á quien se la pidió en el trance más desesperado (4)? En cambio, ¿no sabemos por la historia que se ha ofendido muchas veces de no haber sido invocado por los enfermos (5)?

Por lo demás, ¿quién ignora que un enfermo reanimado por la Religión soporta con más valor las congojas de sus enfermedades, la repugnancia que le inspiran ciertos remedios, los disgustos de una dieta prolongada, y hasta las torturas de las más crueles operaciones quirúrgicas (6)?

Dos motivos deben inducir al médico á cumplir con su deber en esta circunstancia, siquiera no sea sino por amor propio: es el primero, que está seguro de cubrirse de gloria si por fortuna cura á un enfermo, cuyo estado sea bastante grave para reclamar la intimación de los últimos Sacramentos; y el segundo es, que no tardará en perder todo crédito en país cristiano, si no previene de lejos el peligro, y si es causa de que el enfermo muera sin los Sacramentos de la Iglesia.

Añádase además que, según los teólogos, tiene la Extremaunción por *efecto secundario* devolver la salud al cuerpo, si es que deba ser útil al alma (7), en cuyo caso es probable que el médico reporte beneficios de un éxito para el que, sin embargo, nada ha podido hacer. De donde si conviene que el médico ensaye todos los medios inocentes antes que los saludables (8), no puede buenamente omitir el que le sugiere la Religión, aunque no sea con otro objeto que con el de favorecer su reputación en caso de éxito feliz.

(1) Tissot, *Essai sur les malad. habit. auz gens de plaisir*, art. V, § 20 y sig.

(2) V. más arriba, p. 1.<sup>a</sup>, c. I y VI.

(3) Psalm. CXLIV, 19; Joann., xv, 7.

(4) Isai., xxxviii, 1 y sig.

(5) II Paralip., xvi, 12 y sig.

(6) S. Cipriano, *De bono patientie*, pág. 226. París, 1656.—S. Zenon, serm. IX. *De patient. in Biblioth. Mæ Patr.*, tom. III, Lyon, 1677.—S. Agust. *De Patientia*.—S. Tom., II, 2, q. 136.

(7) Jac., v, 15.

(8) Celso, *Med.*, lib. II, c. x, y lib. III, c. xviii.

VI.— ¿Qué pensar de los sacerdotes que asisten á moribundos?—Digamos ahora una palabra acerca de aquellos médicos que han criticado la costumbre, universal en la cristiandad, de llamar á los sacerdotes ó Religiosos para asistir á los moribundos. Tengo para mí que han dado pruebas de la más manifiesta impiedad criticando acerbamente esta costumbre, que, según ellos, turba la imaginación de los enfermos, paraliza las fuerzas de su espíritu, les hace desesperar de los remedios, aumenta la intensidad del mal, y por consiguiente precipita su muerte (1).

Al hablar así no han reflexionado sobre el verdadero estado en que se encuentra el enfermo cristiano en tales momentos. En efecto; comprendiendo éste que se le escapa la vida, y que le abandonan sus amigos, en el silencio completo de sus pasiones y en su desprecio del mundo, no tiene ya otra preocupación que la salvación eterna de su alma. Han supuesto, pues, aquéllos, ó que el enfermo está todavía bastante bien para no querer al sacerdote, ó bien que es tan impío que el recuerdo de las verdades de la fe tendría por efecto inmediato llenarle de espanto é irritarle en detrimento suyo; pero se han engañado: la experiencia diaria nos enseña que en los últimos períodos de la vida, nada desean tanto los fieles como el verse asistidos por un sacerdote piadoso é instruido. Entonces comprenden más que nunca la importancia de la salvación; se refugian de buen grado en los brazos de la Religión; sienten horror para todo lo que les aleja de ella y para todo lo que les recuerda los errores del pasado (2).

Puede acontecer sin duda que el sacerdote llamado al auxilio de un enfermo no reúna todas las cualidades que se requieren en una tan delicada ocasión, y que su ministerio no alcance todos los resultados que se pueden esperar; pero, ¿qué prueba eso contra la utilidad de la institución? La Iglesia, que posee de un modo eminente el don de la sabiduría, sabe bien lo que se hace al prescribir la asistencia á los moribundos. Desde la antigüedad más remota tiene consignadas en el Eucologio griego (3) y en el Ritual romano (4), las admirables preces con las cuales deben los sagrados ministros acompañar el alma en su terrible tránsito del tiempo á la eternidad. Los directores de la vida espiritual se han ingeniado para trazar reglas á

(1) *Police Med.*, sec. II, art. 4, § 6 y sig., vol. IX. Milán, 1808.

(2) Maphei Vegii Laudensis *Med.*, *De morte in Bibl. Mæ. PP.*, tom. XXV, pág. 746.

(3) Goar, *Euchol. Græc. in offic. agoniz.*, pág. 588. Venecia, 1730.

(4) Catalan, *Ritual. Rom. Comment. illustr.*, tom. I, pág. 371. Padua, 1760.—Fleury, *De disciplina populi Dei*, lib. II, c. XXI.—Mamachus, *Orig. et antiq. Christian.*, tom. III, pág. 405.—Pellicia, *De Christianæ Eccl. Politia*, tom. II, lib. VI, sect. 2.

las personas encargadas de esta penosa misión, á fin de asegurar el éxito (1); y ciertamente nunca será bastante alabado el Instituto que se ha fundado con este objeto, y cuyos miembros se han comprometido por voto solemne á asistir á los moribundos aun con peligro de su propia vida (2).

Hablando ú obrando en opuesto sentido, muestra el médico su ignorancia de las cosas religiosas, porque según las enseñanzas del Concilio de Trento (3), el hombre, en las últimas horas de su existencia, no siente necesidad más apremiante que la de armarse de la gracia con el fin de resistir los esfuerzos supremos del demonio, quien, sabiendo que se acaba el tiempo en el cual puede asegurar su victoria (4), trata de aprovecharse de la debilidad de su víctima para tenderle lazos que le arrastren á la perdición (5).

El fiel instruido sabe, en cambio, que una sola acción buena, sugerida por los ministros de Dios, puede reparar todas las iniquidades cometidas (6); y que, al contrario, un solo pensamiento culpable puede echar á perder todo un pasado virtuoso (7).

A los ojos de un buen cristiano deben prevalecer estas consideraciones sobre todas las razones sacadas de la patología, la que, por lo demás, suponiendo que triunfase, no podría lisonjearse más que de haber prolongado algunos días una vida miserable y condenada á muerte (8).

VII.—¿Es cierto que se envilezca la juventud y que pierda el tiempo con los ejercicios de piedad?—Volvamos ahora á la educación física y moral de la juventud. Si es cierto que los médicos más

(1) Panarelli, *Dispositions pour mener l'ame au ciel pendant l'agonie*. Messina, 1645.—Forastiero, *Medios para ayudar á bien morir*. Florencia, 1735.—Zolfi, *Asistencia á los moribundos*.

(2) V. Bullas Sixti V, Gregorii XIV et Clementis VIII, *De Congreg. Cler. Min. Inf.*

(3) Sess. XIV, *De Sacram. Extrem. Unction.*

(4) Apocal., XII, 12.

(5) C. *Nulli Dubium* III, q. I, y C. *Visi* VI, q. 2, y C. *Sciendum cum sequent.* XXVI, q. 5, y C. *Sunt plurimi*, VI, q. 2.

(6) Ezech., XVIII, 21 y sig.

(7) Idem, *ibid.*, 24.

(8) II Mach., VI, 25. Du Clot hace á este respecto las más juiciosas observaciones: «Nosotros no ponemos en duda los progresos de la medicina y de la física, sin embargo, no es menos verdadero que nadie ve que los enfermos curen hoy más que antes; no hemos llegado aún á hacer vivir más tiempo á los hombres. (*La Sainte Bible vengée*, c. I de S. Marc., t. VI, p. 76, trad. ital., 1819).» \* (Atendida la época en que se escribía esto, creemos debe modificarse algo hoy día diciendo, que es mucho lo que se ha logrado en beneficio de la salud y vida de los enfermos, sobre todo con los progresos de la Cirujía y de las distintas especialidades).

cuerdos encarecen las prácticas piadosas (1); otros, por el contrario, las condenan, pretendiendo que la devoción priva al espíritu de su tranquilidad, y paraliza la facultad de aprender la ciencia á par que de retenerla y comunicarla. Por una mal entendida humildad, dicen, queda el hombre oprimido y apocado, cae fácilmente en el mal humor, haciéndose inepto para las grandes empresas (2). Otros sostienen también que con los ejercicios de piedad se pierde un tiempo precioso para la juventud, constituyendo un excesivo recargo á sus ordinarios deberes (3).

Con semejantes razonamientos no se echa de ver que, si es una verdad que la Religión cristiana es un gran bien, lo son igualmente sus prácticas, y que lejos de ser nocivas ó perjudiciales, pueden reportar grande utilidad (4). ¿No es, en verdad, un principio de metafísica que tanto más se perfecciona y engrandece el humano espíritu, en cuanto más se acerca á la verdad soberana (5)? ¿Quién temerá el abatimiento y la melancolía, si Dios es el *autor de la paz* (6), y la devoción el mejor medio de obtener el recogimiento del espíritu? Ahora bien: con la paz y el recogimiento, la atención es más sostenida, la memoria más pronta, el espíritu más vivo para seguir la trabazón y la aplicación de los principios; y todo esto no puede ser sino muy provechoso á la ciencia (7). Y ¿qué significa al fin y al cabo la pérdida de tiempo de que se trata? Si Dios nos ha criado para sí; si es el autor de nuestros días, ¿podemos medir el tiempo que consagramos á su servicio? Si es la Religión una fértil planta que produce sanos y hermosos frutos, necesita de cierto tiempo para ser bien cultivada; y si el alma es inmortal, requiere también su tiempo para preparar su eterna felicidad.

¿Quién ignora las desastrosas consecuencias de las pasiones y de la disolución á que no supieron sustraerse tantos y tantos jóvenes, precisamente por haber renunciado á la piedad cristiana y al temor

(1) Tissot, *Santé des gens de lettres et des valetud.*, § 1.—Sinclair, *Code de la santé*, c. IV, n. 2.—Virey, *L'art de perfect. l'homme*, p. III, sect. 3. París, 1811.

(2) Zimmermann, *La vie solitaire*, lib. I, c. III y sig.—Alfieri, *La Tirannide*, c. VIII.—Matthey, *Nouvelles recherches sur les malad. de l'esprit*, p. I, c. IV, § 2.—Bayle, *Dict. crit.*, art. *Horstius Jacques*, alaba á este personaje por haber sabido aliar la devoción con la medicina. Este fenómeno, á Dios gracias, no tiene nada de raro hoy día; conservamos el recuerdo de muchas personas eminentes, y conocemos hoy muchas de quienes puede decirse otro tanto.

(3) Rousseau, *Emile*, pág. 177 y sigs. Œuvres, tom. IV. Londres, 1774.

(4) Erasm., *De Civilit. Moral. Puer. Oper.*, tom. I, pág. 490. Leiden, 1703.—Muratori, *Philosoph. mor.*, c. X.—Alberti, *Education phil. et mor. contr. aux princ. de Rousseau*, p. II, c. XVI, y p. III, c. VI.

(5) Psalm. XXXIII, 6.

(6) Ad Rom., XV, 33.

(7) Virey, *L'art de perf. l'homme*, p. I, sect. 1.

de Dios, principio de toda sabiduría (1)? Por lo demás, ahí está la historia para decirnos que en todo tiempo ha habido un buen número de jóvenes que supieron reunir á una sólida piedad el buen humor del temperamento, el entusiasmo para el estudio, y que supieron también aplicarse á útiles y generosas empresas. Y nada de esto puede sorprendernos; pues *nada hay más propio para transformar los simples mortales en héroes, y en genios los espíritus vulgares, como la devoción y confianza en Dios* (2).

¡Cuántos han existido, en cambio, que por haber vuelto la espalda á la piedad cristiana han hecho de su talento el peor uso, llegando á ser las plagas de la sociedad (3)! Si pudiésemos penetrar en ciertas conciencias, ¡cuán penosos fueran los descubrimientos que haríamos! Más de un hombre experimentado encontraríamos que se viese obligado á reconocer, que si ha perdido mucho tiempo ha sido precisamente por haber cerrado sus oídos á los consejos de la Religión, que obliga á hacer de aquél un buen empleo (4).

Así se comprende desde luego cómo Dios recompensa largamente el tiempo empleado en las prácticas de la Religión, doblando la prosperidad de las restantes horas, y alejando á sus jóvenes y fieles siervos de esos desórdenes y desbordamientos que son la ruina y la muerte de la juventud abandonada á sí propia.

VIII.—**Conclusión.**—¿Qué se sigue de todo lo expuesto? Dos conclusiones: la primera es, que no proviene de la devoción, sino del temperamento, la fisonomía triste y melancólica que alguna vez se observa en las personas devotas; y que lejos de ser la causa la Religión, más bien corrige y modera los excesos (5). La segunda es, que á la juventud es preciso empujarla fuerte y constantemente hacia la piedad; en primer lugar porque es á ella naturalmente rebelde, y luego porque si sobrevienen algunos pequeños excesos en cierto orden de ideas, más tarde la madurez de la edad y la seriedad de los negocios la conducen otra vez y la contienen en los justos límites. Si, por el

(1) Psalm. cx, 9; Prov., 1, 7, y ix, 10; Eccli., 1, 16.

(2) Virey, *ob. cit.*, p. III, sect. 3, y p. 1, sect. 1.

(3) Gobinet, *Instrucción de la juventud*, tom. I, art. 3.

(4) La filosofía nos habla mucho del tiempo y del deber de emplearlo provechosamente. Basta leer las cartas de Séneca á Lucilio, y su obra *De Brevitate vite*, para convencerse de ello. Pero la Religión cristiana hace de ello un precepto indispensable, añadiendo que el precio del tiempo es infinito. V. S. Bernardino, tom. I, serm. XIII, art. 3, c. iv, y tom. IV, serm. XVIII, art. 1, in princ.—S. Antonin., p. II, tom. IX, c. xiv, § 1.—S. Bonavent., lib. III.—Pharet., c. viii.

(5) Robertí, *Instrucción á un jeune homme*, c. v, tom. XI. *Petit traité sur les petites vertus*, Oper., tom. 1, Bassano, 1797.

contrario, se predicase desde luego la moderación en la piedad, muy de temer fuera que escasos ó ningún vestigio quedase de ella en la edad madura.

*Que los jóvenes, dice Muratori, se apliquen á la Religión y á la Filosofía antes de emprender la peligrosa carrera del mundo y de hacer uso de la libertad que con tanto ardor desean. Libres ya del yugo de sus maestros, y encargados de dirigirse á sí mismos en una edad tan propensa á la efervescencia de las pasiones cuanto desprovista de raciocinio, si no cuentan con un buen capital de sólidas máximas, de luces y verdades de la Religión y de la Filosofía, serán su patrimonio la vergüenza, los errores, los precipicios y las desdichas* (1).

## CAPÍTULO X

### Algunas reglas sobre los deberes del culto, propuestas por la Medicina

El escrúpulo.— En qué casos pueden los médicos dar reglas á los escrupulosos.— ¿Qué razonamientos debe emplear el médico con los que substituyen los remedios por prácticas supersticiosas?—Durante los ejercicios de piedad no debe suspenderse el uso de los remedios.—Cuestión de penitencia.—Oportunidad de la dispensa de las leyes de la Iglesia.—Frecuencia de los casos.

I.—**El escrúpulo.**— No se desprende de lo dicho hasta aquí que en ningún caso sea necesario poner un freno á los excesos que trae consigo una religión mal comprendida; antes todo lo contrario: el deber del médico es impedirlos por medio de sus prescripciones y con la autoridad que Dios le ha dado (2). Sucede, en efecto, que algunas personas caen en las dudas y en una excesiva timidez; ven pecados hasta en las más inocentes acciones, y acaban por formarse esta conciencia que los teólogos llaman *escrupulosa* (3). La razón natural y la Teología (4) nos enseñan de consuno cuán perniciosa es al espíritu

(1) Muratori, *Philosophie morale*, c. 1, pág. 15.

(2) Tissot, *De la santé des gens de lettres et des valetudinaires*, § 49.

(3) Concina, *De Conscientia in Appar. ad Theol.*, lib. II, diss. I, c. ix. Roma, 1751.

(4) Ad Galat., iv, 31.